

Posicionamientos político-discursivos de las principales fuerzas de oposición partidaria durante la etapa de sedimentación de la hegemonía menemista

Political-discursive positioning of the main opposition party forces during sedimentation stage of hegemony Menemist

Mgst. Hernán Fair

(CONICET-UNQ-UBA) - herfair@hotmail.com

Resumen:

Durante el gobierno de Carlos Menem se llevó a cabo un profundo cambio estructural que, sin embargo, logró conformar una exitosa hegemonía. No obstante, existieron diversas voces que expresaron disidencias al discurso hegemónico. Este trabajo analiza las características que asumen las discursividades público mediáticas de las principales figuras de las fuerzas de oposición político-partidaria, durante la etapa de sedimentación de la hegemonía neoliberal. Para ello, se asume un marco teórico-metodológico basado en los aportes de la teoría postmarxista de la hegemonía de Ernesto Laclau.

Palabras clave: Menemismo, Hegemonía, Análisis del discurso, Fuerzas político-partidarias, Argentina.

Abstract:

During the Carlos Menem's government held a deep structural change that built a successful hegemony. However, there were diverse voices that expressed their dissidences to the hegemonic discourse. This paper analyzes the public media discursivities of the main figures of the opposition political-party forces during the sedimentation stage of neoliberal hegemony. To do that, it assumes a theoretical and methodological framework based on the contributions of Laclau's post-Marxist theory of hegemony.

Key-words: Menemism, Hegemony, Discourse analysis, Political party forces, Argentina.

Fecha de recepción: 26/04/12

Fecha de aprobación: 26/10/13

Posicionamientos político-discursivos de las principales fuerzas de oposición partidaria durante la etapa de sedimentación de la hegemonía menemista*

1. Introducción

Durante el gobierno de Carlos Menem se llevó a cabo un profundo cambio estructural. A pesar de ello, el menemismo logró edificar con éxito una nueva hegemonía, de orientación neoliberal, que modificó los discursos, tradiciones culturales e identidades existentes (Martuccelli y Svampa, 1997; Aboy Carlés, 2001; Balsa, 2001; Barros, 2002; Canelo, 2002; Grassi, 2004; Fair, 2007; Bonnet, 2008). No obstante, existieron diversas voces que expresaron disidencias al discurso hegemónico. En el siguiente trabajo analizaremos las características que asumieron las discursividades de las principales figuras del arco político-institucional, durante el primer gobierno menemista. De manera específica, nos concentraremos en el análisis de los discursos de las fuerzas de oposición partidaria, durante la etapa de sedimentación de la hegemonía neoliberal, posicionado en el año 1993.

El marco conceptual toma como eje los aportes de la teoría postmarxista de la hegemonía de Ernesto Laclau (Laclau y Mouffe, 1987; Laclau, 2005). Las fuentes se basan en un amplio *corpus* de discursos de medios gráficos y la estrategia metodológica consiste en analizar los discursos políticos, en sentido amplio, en la medida en que estas alocuciones son reproducidas en los principales medios de prensa escrita de circulación nacional (Ámbito Financiero, Clarín, La Nación, Página 12) durante el primer gobierno de Menem¹.

2. Breve contextualización socio-histórica

Al asumir el poder, en julio de 1989, el electo presidente Carlos Menem llevó a cabo un profundo e inesperado viraje ideológico hacia el neoliberalismo. A pesar de este “giro de 180 grados”, el dirigente peronista logró materializar un profundo cambio en los discursos, tradiciones y alianzas existentes, construyendo un nuevo sentido común en torno a los valores del neoliberalismo modernizador. Cabe destacar, en ese sentido, la caótica situación en la que asumió el poder, con saqueos a supermercados y comercios y una hiperinflación galopante. Luego de una serie de planes

* Agradezco a los evaluadores anónimos de esta revista por sus pertinentes críticas, comentarios y sugerencias.

¹ En ese sentido, los discursos que no son reproducidos en estos medios, no serán tenidos en cuenta en este trabajo.

fallidos, la implementación del Régimen de Convertibilidad, en abril de 1991, logró estabilizar definitivamente la tasa de inflación, al tiempo que promovió un *boom* de consumo e inversión del sector privado. En ese marco, el menemismo no tendría problemas en triunfar cómodamente en las elecciones legislativas de septiembre de 1991 y octubre de 1993 y en reformar exitosamente la Constitución Nacional, en abril del año siguiente, preparando el terreno para lo que sería la cómoda conquista de la reelección presidencial, en mayo de 1995.

3. Discursividades en disputa durante la etapa de sedimentación de la hegemonía menemista

Frente a la irrupción del menemismo, las fuerzas político-partidarias asumirán una pluralidad de respuestas, que pueden ser analizadas en el marco de una serie de macro-discursos o paquetes de discursos, cada uno de los cuales presentará diversas modulaciones o variaciones internas. Entre los actores políticos clave, estas discursividades sólo en unos pocos casos se presentarán de forma pura, estructurándose, en cambio, mediante una compleja serie de articulaciones identitarias que recuperarán elementos de diversas tradiciones culturales. A continuación, analizaremos estas discursividades, colocando el eje en las alocuciones de las fuerzas de oposición partidaria al menemismo².

3.1. La discursividad de los dirigentes políticos de la UCR

Desde sus orígenes, a finales del siglo XIX, la Unión Cívica Radical (UCR) presentaba un discurso centrado en aspectos éticos e institucionalistas, típicos del republicanismo liberal-democrático (Mayer, 1995). Sin embargo, desde mediados de los años '80, había desarrollado también un discurso que podemos denominar neodesarrollista, sobre todo tras la incorporación de Juan Sourrouille como Ministro de Economía y de un conjunto de técnicos a la cartera económica del entonces Presidente, Raúl Alfonsín (Heredia, 2006). El propio gobierno radical había llevado a cabo un conjunto de políticas económicas desarrollistas, entre las que se destacaba la propuesta de privatización mixta de algunas empresas públicas (Thwaites Rey, 2003). Además, aunque asumía la tesis monetarista para controlar la tasa de inflación y el déficit fiscal, a diferencia de los sectores neoliberales, mantenía la necesidad de garantizar un acuerdo con el empresariado para controlar los precios, en el marco del denominado Plan Primavera.

A finales de los años '80, era posible observar una serie de resquebrajamiento internos dentro de las filas del radicalismo. Así, hacia

² De modo tal que no examinaremos los discursos de los dirigentes opositores dentro del justicialismo.

1988 se podían identificar dos corrientes internas. La primera, que podemos denominar neodesarrollista-socialdemócrata, se hallaba liderada por Alfonsín y secundada por un conjunto de dirigentes políticos aliados al Presidente, como Leopoldo Moreau, Jesús Rodríguez, Juan Manuel Casella y Federico Storani. La segunda discursividad correspondía al ala derecha del partido, asociada al radicalismo conservador cordobés. En ese marco, nos podemos referir a la vertiente neoliberal-neoconservadora, liderada por el gobernador de Córdoba, Eduardo Angeloz, y secundada por Fernando De la Rúa. No obstante, no se trataba de un discurso plenamente neoliberal, en tanto se asumían algunos valores neodesarrollistas, intentando diferenciarse de la ortodoxia extrema de Álvaro Alsogaray.

Con la llegada al poder de Menem, ambas corrientes asumirían algunos elementos en común. Así, en las dos vertientes se presentaba una fuerte crítica liberal-republicana, de base neo-institucionalista y moralista. Esta crítica colocaba el eje en las prácticas institucionales del menemismo y, de manera específica, en el estilo de liderazgo de Menem, asociado a dos elementos. En primer lugar, a la ausencia de división de poderes, articulado equivalencialmente al “hegemonismo”, el “autoritarismo”, la “concentración de poder”, y contrapuesto a la defensa de la “democracia” y la “división de poderes”. En segundo término, a la “corrupción” e “inmoralidad”, asociadas a la figura de Menem y contrapuestas a la defensa de la “honestidad”, la “ética” y la “moral”. En el caso de la vertiente alfonsinista, se agregaban elementos adicionales, como la crítica al “individualismo” y la falta de “participación social”, contraponiéndolo a la defensa de una democracia “social” y “participativa”. Por su parte, la vertiente neoliberal-neoconservadora colocaba el eje en la “frivolidad”, junto a la crítica al “clima de enfrentamiento” provocado por el menemismo.

3.1.1. Los discursos de la vertiente liberal-republicana-socialdemócrata

Durante los años '90, como señalamos, se hacía presente en el campo partidario de las fuerzas de oposición, un discurso liberal republicano, con dos modulaciones. El ala más “progresista”, liderado por Alfonsín, criticaba la “falta de transparencia” del Gobierno (*Página 12*, 09-09-92) y las “pretensiones hegemónicas y autoritarias” del Presidente (*Clarín*, 13-03-92; *Página 12*, 26-09-92). En ese contexto, Alfonsín declaraba que:

“Vivimos en una democracia demasiado chiquita, restringida, con claros avances sobre los poderes legislativo y judicial, sin controles republicanos, en donde se manipula la opinión, no se tienen programas sociales y se procura la mala información para opacar la realidad” (*Clarín*, 11-06-92).

“Estamos frente a un Gobierno con pretensión hegemónica, con vocación autoritaria, sin convicción democrática y sin límites éticos” (Entrevista en *Clarín*, 14-02-93, pp. 8-9).

Esta discursividad alternará sus críticas político-institucionales al “hegemonismo” y el “autoritarismo” de Menem, junto con una crítica “sensibilista” a los efectos sociales regresivos del modelo “neoconservador”, como la pobreza, la desigualdad, la desocupación y la exclusión social. Estos elementos eran asociados por Alfonsín a la presencia de un capitalismo “salvaje”, que “concentra el poder económico” en “pocas manos” y fomenta un proyecto “excluyente”, basado en una “sociedad dual” (*Clarín*, 21-04-93, p. 8). En ese marco, frente a la “política neoconservadora”, basada en un “proyecto de exclusión”, el ex Presidente remarcaba que “si la sociedad se ha vuelto conservadora, el radicalismo debe prepararse a perder elecciones, nunca a ser conservadores” (*Clarín*, 08-03-93, p. 9), en una clara alusión al sector neoliberal-conservador del partido.

De un modo similar, Jesús Rodríguez colocaba el eje de las críticas en las desigualdades sociales, para afirmar que “la Argentina va camino a convertirse en Belindia, es decir, un poco de Bélgica y todo de la India”. En ese marco, destacaba que “no hubo hasta ahora en el país un gobierno tan poco democrático como este” (*Clarín*, 27-06-93, p. 8). Frente a la “concentración de poder” y la “desigualdad social” del modelo “elitista” del menemismo, se debía promover una democracia republicana, basada en la “participación” social:

“La tarea de empezar a compartir con los otros sectores sociales y políticos el trabajo de recuperación de la esencia democrática de la República, de un horizonte para crecer como nación y realizarnos como pueblo e individuos (...). Frente a un modelo gubernamental que sólo trata de concentrar el poder en unas pocas manos, ampliando las desigualdades sociales, el radicalismo está hoy en las mejores condiciones de construir una propuesta abierta, participativa y capaz de modificar el rumbo cerrado y elitista que nos propone el oficialismo” (“No hubo repudios”, nota en *Clarín*, 12-05-93).

Un pronunciamiento de la UCR, firmado por Alfonsín y Moreau, expresaba sintéticamente los tres ejes principales de la crítica republicano-sensibilista-socialdemócrata de estos referentes “progresistas” del radicalismo:

“No nos resignamos a aceptar la consolidación de un modelo institucionalmente hegemónico, socialmente excluyente y económicamente concentrador. Son políticas contrarias a los intereses y necesidades de la sociedad” (*Clarín*, 27-05-93, p. 12).

3.1.2. La vertiente neoliberal-neoconservadora

Hacia fines de los años '80, se hacía presente en el radicalismo una segunda modulación, que hemos definido como neoliberal-neoconservadora. El principal exponente de esta discursividad era el entonces candidato presidencial Eduardo Angeloz. Durante la campaña para las presidenciales de 1989, el gobernador de Córdoba defendía un discurso eficientista y modernizador, situado ideológicamente a la derecha del candidato justicialista, Carlos Menem. Este discurso tecnocrático-gerencial, asumía la necesidad de achicar el gasto público (recuérdese el famoso “lápiz rojo”) y realizar un proceso de reestructuración económica para “modernizar” y “eficientizar” el país, “reorganizando” a las empresas públicas y reduciendo la burocracia estatal. En palabras de Angeloz:

“Durante la campaña electoral, presentaré al país mi programa de reestructuración y reorganización de las empresas de servicios públicos. En todos aquellos casos en que el interés nacional lo requiera, y nuestras leyes lo permitan, creo que el camino de las privatizaciones será el adecuado” (*Clarín*, 03-11-88, p. 12).

“Quedan pocas dudas sobre la necesidad de corregir sin titubeos no sólo los gastos que no pueden ser financiados, sino también los criterios y las regulaciones de todo tipo que determinan, también, un resultado costoso, arbitrario e incontrolable” (*La Nación*, 12-05-88, p. 16).

En ese entonces, sin embargo, Angeloz mantenía algunos lineamientos desarrollistas, rechazando la liberalización total de la economía y promoviendo una economía mixta, con participación conjunta del capital privado y estatal.

A partir de la estabilización monetaria y la asunción menemista de las tesis neoliberales, el eje se colocará en la crítica neo-institucionalista a la concentración de poder en manos del Presidente. En ese marco, Angeloz se referirá a la “politización” del Poder Judicial, ya que “es cada vez notoria la influencia y avance (del Poder Ejecutivo) sobre el Poder Judicial” (*Clarín*, 05-03-92 y 14-06-92). En ocasiones, hará mención también a la presencia de un “régimen dictatorial”, que “manipula los medios de comunicación”, e impide “la posibilidad de consolidar la democracia” (*Clarín*, 14-06-92). La crítica, sin embargo, se concentrará en el abuso de los vetos y decretos de “necesidad y urgencia” del Ejecutivo y la “falta de autonomía” del Poder Legislativo. Según Angeloz: “lo grave es que muchas de las acciones realizadas (por el Gobierno) son para arrollar a los otros poderes por medio de decretos”. Sin embargo, esta “falta de autonomía” de los poderes del Estado era relacionada a consecuencias perniciosas sobre la “seguridad

jurídica”, lo que lo llevaba a destacar, desde un discurso neoliberal, que el menemismo “está mellando la credibilidad jurídica de la Argentina” (*Clarín*, 06-03-92). Finalmente, en ocasiones, la crítica liberal se articulaba con una diatriba moralista contra la “corrupción”, que “está enquistada en el seno mismo del Gobierno”. En ese contexto, en el que, según Angeloz, “vivimos en tiempos de emergencia moral”, y en el que el menemismo busca “consolidar un proyecto hegemónico” (*Clarín*, 03-03-92) y posee “inclinaciones autoritarias con resabios de despotismo ilustrado”, el Gobernador de Córdoba reclamará “gestos inusuales de transparencia en el manejo riguroso y republicano de la cosa pública” (*Clarín*, 02-03-92). De este modo, se asumían algunas premisas neoliberales, mixturadas con un discurso liberal-republicano.

Fernando de la Rúa compartía la crítica al “autoritarismo” y el “hegemonismo”, que caracterizaban al estilo de liderazgo menemista. Así, de cara a las elecciones legislativas de 1992, planteará que:

“En la actualidad existen dos proyectos: uno tendiente a la centralización, autoritarismo y con un ejercicio hegemónico del poder, y otro que busca el equilibrio de los poderes e impulsa una justicia independiente” (*Clarín*, 06-06-92).

Según el dirigente radical, de lo que se trataba era de “poner freno a las pretensiones hegemónicas del poder”. En ese contexto, incluía, a su vez, una crítica a la ausencia de “moral” y “ética”:

“Hay una discusión nacional: el equilibrio de poderes, impidiendo la pretensión hegemónica del Gobierno, la cuestión municipal, reclamando elección directa del Intendente y la necesidad de reencontrar la moral y la ética de los dirigentes” (*Clarín*, 01-06-92).

No obstante, al igual que en los discursos de Angeloz, De la Rúa realizaba una mixtura de elementos liberal-republicanos y neoliberales. En ese marco, destacaba como objetivo prioritario “la lucha contra la corrupción” (*Clarín*, 12-09-93), aunque la crítica se vinculaba al incremento efectivo del gasto público:

“Pese a la disminución del tamaño del Estado y de su participación en la economía por las privatizaciones, el gasto público alcanza en 1993 un nivel con escasos antecedentes en las últimas décadas, con un aumento del 48%, respecto del nivel de 1990 (...). (Es) una de las mayores asignaturas pendientes que quedará como herencia al futuro gobierno en 1995” (*Clarín*, 11-06-93, p. 13).

En ese contexto, el temor se concentrará en el “relajamiento” de la disciplina fiscal y monetaria y la falta de “austeridad”, vinculado al aumento del gasto público del Gobierno.

En ocasiones, De la Rúa incorporará una crítica instrumental, que exigirá iniciar una segunda etapa del proceso de reformas estructurales, signado por la “protección de los derechos del consumidor”, un mayor “control estatal sobre las empresas privatizadas” y la “vigilancia” del correcto funcionamiento de las reformas, en términos de “inversiones” (*Clarín*, 11-06-93, p. 13). En otros casos, se referirá a la falta de “confianza” de los agentes del mercado, un factor vinculado a las restricciones a una mayor “competitividad” en la economía. En ese marco, el senador porteño destacaba que el menemismo “desarticuló la seguridad jurídica, el equilibrio de poderes y todos los elementos de confianza que influyen en la competitividad del país” (*Clarín*, 08-03-93, p. 8).

3.2. Las divergencias y similitudes en relación a los ejes centrales del modelo económico

A diferencia del plano institucional, donde no se presentarán mayores diferencias, las principales divergencias políticas entre las dos modulaciones se centrarán en el eje económico. En ese marco, si Alfonsín liderará el ala más “progresista”, Angeloz y De la Rúa formarán la corriente más “regresiva” o conservadora. En el caso de Angeloz, hemos visto que presentaba un lazo estrecho con el neoliberalismo. En ese contexto, en 1990 afirmaba, en un discurso “anti-estatista” similar al de Menem, que:

“En nuestro país y en el mundo, hasta hace poco, ser progresista equivalía a ser estatista, a reivindicar el rol del Estado como impulsor del cambio social, como garante del pacto de crecimiento y del pacto de distribución. Yo me animo a decir que todas estas cosas son inviables hoy, ya que insistir en ellas lleva a terminar en una retórica inconducente” (*Página 12*, 05-10-90).

Poco después, afirmará que “la actividad estatal no debe ser contradictoria con la amplia desregulación que debe encararse”. Además, a diferencia de Alfonsín, quien defenderá la importancia de la negociación colectiva de los trabajadores y su derecho constitucional a la huelga, restringida por el Gobierno mediante un decreto-ley expedido simbólicamente el 17 de octubre de 1990, Angeloz promovía la necesidad de la reforma laboral, para modificar la negociación colectiva y los mecanismos de conflicto³ (*Página 12*, 12-10-90).

³ Esta defensa de Angeloz de la política económica del Gobierno, recibirá una fuerte crítica de Alfonsín (*Página 12*, 18-10-90).

A partir del proceso de estabilización económica, Angeloz asumirá la defensa explícita de los principales lineamientos del modelo de Convertibilidad, entre ellos la estabilización monetaria. En ese marco, se referirá a “algunos logros importantes en la economía” (*Clarín*, 10-02-93, p. 14), preguntándose “si algún argentino estaría dispuesto a volver a la hiperinflación” (*Clarín*, 24-06-93, p. 10). También defenderá la política de privatizaciones del Gobierno (*Página 12*, 26-09-92). De lo que se trataba, entonces, era de complementar y “consolidar” la estabilidad con elementos adicionales. Así, Angeloz afirmaba que “la estabilidad y la reducción de la inflación son dos logros importantes, aunque no actuaron como palanca del crecimiento” (*Clarín*, 04-02-93, p. 11).

A partir de esta aceptación del núcleo medular de la hegemonía menemista, Angeloz asumirá un discurso de orientación neoliberal conservadora, alejado de las referencias neodesarrollistas que aún defendía a fines de los años '80. En ese sentido, hacia 1993, el anterior discurso “modernizador” será absorbido por el discurso de Menem⁴, de modo tal que uno de sus significantes más replicados a fines de los años '80, dejaba de ser mencionado. En efecto, tal como lo reconocería el propio Angeloz, con la llegada al poder de Menem y la aplicación del neoliberalismo, sus principales demandas habían sido satisfechas:

“Muchas de las medidas que adoptó este Gobierno, nosotros las propusimos en 1989, como las privatizaciones y el énfasis puesto en la estabilidad, pero en ese momento el discurso en boga no era ese. La sociedad no creyó en mi lenguaje, creyó más en el salarizado y en la revolución productiva” (*Clarín*, 24-06-93, p. 10).

En la misma línea que el Gobernador de Córdoba, y contraponiéndose al discurso de Alfonsín, quien sostenía que “todo se puede revisar”, De la Rúa defenderá la privatización petrolera de YPF, en base al principio neoliberal de la “seguridad jurídica” (*Página 12*, 26-09-92). Sin embargo, en el contexto de privatizaciones que se realizaban de forma “desprolija” (Azpiazu, 1999; Thwaites Rey, 2003), el senador electo por Capital Federal centrará sus críticas en la inexistencia de “marcos regulatorios”. Según De la Rúa:

“No hay ningún marco regulatorio, ninguna protección al usuario, la valuación de los bienes queda librada a lo que haga cualquier ente, sea público o privado, y sin delimitación de que ninguno de ellos puede ser adjudicatario después” (*Página 12*, 26-09-92).

⁴ Al punto tal que, durante 1993, su discurso político prácticamente dejaría de referirse al significante “modernización”, muy frecuente en sus enunciaciones de finales de los años '80.

En cuanto al tema de la estabilidad, eje central de la hegemonía menemista, De la Rúa era uno de sus más entusiastas defensores. No sólo destacaba que la estabilidad “no está en cuestión”, sino que reafirmaba que “nosotros somos sostenedores de la estabilidad”. No obstante, era necesario “consolidarla” con mayor “crecimiento” y con una lucha más firme contra la “corrupción”, que “termina por atentar contra esta estabilidad” (*Clarín*, 16-05-93, pp. 2-3).

En ocasiones, el apoyo incuestionable a la estabilidad se profundizaba, definiéndola como un “derecho” de los “países modernos”, que se consideraba “positivo” y que, por lo tanto, “la estamos cuidando todos”. En ese marco, el objetivo consistía en convertirla en “persistente” y “estructural”, aunque el eje se situaba en la necesidad de complementarla con mayor “producción” y “trabajo”:

“Los países modernos tienen el derecho a tener estabilidad económica y poder votar libremente en contra o a favor de sus gobiernos por otros motivos. Hoy tenemos estabilidad monetaria, que es valiosa, pero no es todo. (...). Vamos a poner las cosas en su lugar: a la estabilidad la estamos cuidando todos. Y para que pase de ser monetaria a económica, hace falta que sea persistente, estructural, basada en la producción, en el trabajo, en la oferta y la demanda. El día en que eso suceda, no habrá temor de hablar del dólar pensando que así estamos poniéndonos otra vez a las puertas de la inflación. La estabilidad es un aspecto positivo, pero no es todo en la vida del país. Además, como ya le he dicho, nosotros, lejos de cuestionarla, la defendemos” (entrevista en *Clarín*, 16-05-93, pp. 2-3).

En otra entrevista, frente a la pregunta sobre “¿qué valoriza y qué critica del plan económico de Cavallo?”, el senador porteño nuevamente destacará la importancia de la “estabilidad monetaria”. Sin embargo, en esta ocasión, se referirá a la defensa de los “valores permanentes” de la “disciplina fiscal y monetaria” y al objetivo de promover la “solidaridad social”. En ese sentido, se debía incorporar un principio de “protección” neo-conservadora, frente a los costos del ajuste:

“Valorizo la estabilidad, pero esta es monetaria, y debemos ir a la conquista de la estabilidad económica, estructural, permanente, basada en la producción, el crecimiento y el trabajo, la disciplina fiscal y monetaria, que son principios de una economía sana, son valores permanentes que no han sido inventados ahora. Una economía más humanizada y solidaria. La protección individualista y el olvido de la solidaridad sociales, le quitan sentido de una acción al servicio de los que más necesitan” (*Clarín*, 07-05-93, p. 13).

En ese marco, ubicándose a la derecha del Gobierno, De la Rúa asumirá una posición monetarista ortodoxa, refiriéndose al peligro del “relajamiento de la disciplina fiscal”, y reclamando mayor “austeridad monetaria”, para mantener los “logros” de la estabilidad con un mayor “crecimiento” económico:

“El desafío de ir de la estabilidad al crecimiento, a través de un sendero consensuado y no traumático. El Gobierno está arriesgando los logros de la estabilidad con un oportuno relajamiento de la disciplina fiscal y de la austeridad monetaria, puesto al servicio de objetivos electoralistas” (*Clarín*, 11-06-93, p. 13).

En el caso de Alfonsín, hemos visto sus críticas liberal-republicanas, que se mixturaban con un discurso sensibilista en lo social. Ahora bien, más allá de estos elementos, en sus alocuciones se presentaba, a su vez, un discurso “progresista” en lo económico. Este discurso exigía una mayor intervención del Estado en la economía, oponiéndose a lo que el ex Presidente denominaría, genéricamente, como el “modelo conservador” (*Página 12*, 01-09-90) o “neoconservador” del menemismo (*Página 12*, 18-10-90). En ese sentido, Alfonsín se quejará de la falta de “sensibilidad social” del modelo y la presencia de una Argentina “cada vez más desigual” (*Página 12*, 04-10-90). Según el ex Presidente:

“Este Gobierno está poniendo en práctica una serie de medidas que atemorizan a la sociedad argentina, con una concepción que hace mucho más duro el esfuerzo y con una exigencia inadmisibles, que hace que los que menos tienen, paguen más” (*Página 12*, 01-09-90).

“El Presidente se tendría que acostumbrar a la crítica que le hace la oposición por los costos sociales que la insensible política de ajuste está provocando en los sectores de menores recursos” (*Página 12*, 07-10-90).

En la misma línea, aunque a partir de una crítica más radicalizada, el senador Leopoldo Moreau se opondrá también al “modelo de hambre y corrupción” (*Clarín*, 06-03-92) del menemismo. Este “modelo conservador” será vinculado a los intereses de los “grupos económicos parasitarios” de la “patria privatista” y a una política que “provoca el despido de los argentinos” (*Página 12*, 01-09-90).

En algunos dirigentes del radicalismo, liderados por el propio Alfonsín, a los que se sumaría Melchor Posse (con quien realizará una

alianza política⁵), a partir de 1993 comenzará una etapa de mayor radicalización discursiva. Esta radicalización se materializará en la incorporación de algunos significantes típicos de los discursos de productivismo nacional. Así, Posse criticará la creciente “misericordia” del modelo económico, promoviendo una alternativa basada en la construcción de un “proyecto nacional de crecimiento económico, con fábricas y producción creciente” (*Clarín*, 17-04-93, p. 9 y 20-04-93, p. 10).

En el caso de Alfonsín, en el marco de la defensa de una democracia “con sentido social”, que no temía ir en contra de la creciente “derechización” y las posiciones “conservadoras” de su partido y de la propia sociedad (*Clarín*, 02-05-93, p. 16 y 07-05-93, p. 12), su propuesta económica asumía elementos de diversas tradiciones. Por un lado, destacaba la necesidad de reconstruir el “Estado Benefactor”, vinculándolo a la defensa de la “soberanía nacional” y la “dignidad”. En esa sintonía, se refería a la necesidad de promover una “política industrial”, orientada a la “exportación”. Sin embargo, al mismo tiempo, incorporaba elementos típicamente neoliberales, como la demanda por una mayor “eficiencia” en el gasto público:

“Reafirmar la soberanía nacional, mediante la reconstrucción del Estado de Bienestar, recuperando la oferta de bienes básicos a la población, garantizando a cada uno la posibilidad de la defensa de su dignidad, de su igualdad esencial y de su capacitación y devolviéndole la capacidad instrumental para regular el mercado, combatir los monopolios, diseñar e implementar una política industrial y exportadora y mejorar la eficiencia y equidad del gasto social” (“La segunda transición”, nota en *Clarín*, 02-03-93, p. 1).

En otros casos, el posicionamiento crítico se radicalizaba. En ese sentido, el ex Presidente criticaba la venta de YPF a “precio vil” y asociaba al modelo menemista con una “nueva oligarquía”, que busca la “explotación del pueblo” para favorecer a “los poderosos” (*Clarín*, 24-06-93, p. 10 y 20-03-93, p. 9). No obstante, sus alocuciones nuevamente se mixturaban con elementos típicamente neoliberales, reforzando la complejidad de su discursividad y la imposibilidad de situarlo dentro de una sola tradición identitaria. Así, junto a la crítica al modelo, criticaba también el “accionar desviado” y las “formas corporativas” del sindicalismo, que “reclama soluciones instantáneas, bajo pena de paros generales, planes de lucha y huelgas por todas partes”. En ese marco, destacaba la necesidad de evitar la “inseguridad jurídica” (“La segunda transición”, nota en *Clarín*, 02-03-93, p. 1). En efecto, Alfonsín se oponía a las “reiteradas violaciones a la seguridad

⁵ En febrero de 1993 se produjo una alianza política entre Alfonsín y Posse (*Clarín*, 10-02-93).

jurídica” (*Página 12*, 23-10-92). De este modo, su discurso no se alejaba en mucho del que presentaba el ala neoliberal del partido. El propio Angeloz se refería, en 1993, a la necesidad de garantizar “seguridad jurídica” y “previsibilidad” en las “reglas de juego” (*Clarín*, 10-02-93, p. 14 y 20-05-93, p. 3). De una manera similar, De la Rúa destacaba la relación entre las prácticas institucionales del menemismo, la “inseguridad jurídica” y los “cambios permanentes de las reglas de juego”, asociándolas a la ausencia de “inversiones extranjeras” y el no respeto del “derecho de propiedad” (*Clarín*, 11-06-93, p. 13).

De la misma forma que Alfonsín, otros dirigentes provenientes de esta vertiente, como Casella y Storani, incorporarán significantes típicos del neoliberalismo, como la crítica al “populismo económico”, generador de “ineficiencia” macroeconómica y “despilfarro” de los recursos públicos. En ese contexto, se expresarán a favor de realizar “una reforma de la economía, que renuncie al populismo, a la ineficiencia y al despilfarro” (*Clarín*, 06-04-93, p. 10).

Sin embargo, lo más interesante es que, todos ellos, no cuestionarán al eje medular de la hegemonía menemista: la estabilidad económica. Posse, por ejemplo, se refería a la “necesidad de derrotar al menemismo”, pero “no para destruir la estabilidad, sino para obligar al Gobierno a agregarle la protección de los productores del campo y la industria” (entrevista en *Clarín*, 08-05-93). En ese marco, la estabilidad era reconocida como válida, pero requería ser complementada con un proyecto de re-industrialización nacional:

“Nuestro proyecto completa esta etapa de estabilización, que por supuesto no alcanza. El objetivo inmediato es la industrialización y la recuperación para el Estado de sus funciones esenciales (...). Asumiendo una posición nacional de fuerte oposición constructiva” (Entrevista en *Clarín*, 21-03-93, p. 8).

En otra ocasión, Posse destacaría la necesidad de “terminar con esta etapa de insensibilidad social y de desindustrialización”, pero, nuevamente, sin cuestionar la estabilidad monetaria. De este modo, la crítica al menemismo se reducía al “haberse dormido en la estabilidad, sin asegurar el crecimiento, además de descargar la crisis en casi cuatro millones de desocupados que tiene el país” (*Clarín*, 21-03-93, p. 8).

En el caso de Storani, junto al rechazo al modelo económico, acusado de ser el “generador de una inmensa legión de desamparados y olvidados” (*Clarín*, 09-03-93, p. 17), también se dejaba sin cuestionar a la estabilidad. Así, el dirigente radical expresaba estar “a favor de la estabilidad económica”. En efecto, en una lógica similar al discurso de Angeloz y De la Rúa, la estabilidad económica era aceptada, aunque se exigía

complementarla con una etapa de mayor “crecimiento” y, en este caso, también con mayor “desarrollo”:

“La estabilidad no es suficiente sin un proyecto de desarrollo económico” (entrevista en *Clarín*, 12-05-93, p. 4).

“Apoyo a la estabilidad, pero es sólo monetaria. Ya es hora de pasar a una segunda parte, para encarar una política de crecimiento y desarrollo” (*Clarín*, 22-06-93, p. 14).

Desde el discurso de Alfonsín, que presentaba la crítica más radicalizada, hemos visto las diatribas contra el modelo “neoconservador” del menemismo, que “está destruyendo moral y materialmente nuestra nación”. Sin embargo, al mismo tiempo, se asumía una defensa explícita del núcleo medular. En ese marco, mixturando elementos heterodoxos con ortodoxos, señalaba que:

“Dentro de mi proyecto de democracia social no existe la estabilidad sin crecimiento, el mercado sin equidad social, empresas modernas y competitivas, sin Estado que garantice la estabilidad y promueva la movilidad de bases científicas y el potencial de la economía” (*Clarín*, 09-07-93, p. 13).

Como es posible apreciar, durante la etapa de sedimentación de la hegemonía menemista, ninguno de los dirigentes de la UCR cuestionará públicamente la estabilidad monetaria, ni tampoco planteará una alternativa radicalizada a las reformas neoliberales⁶. De este modo, pese a que, en ocasiones, se asumirá una profunda crítica al menemismo y a la figura de Menem, los principales exponentes del centenario partido no lograrán edificar un verdadero proyecto alternativo a la hegemonía neoliberal.

4. Las discursividades de las fuerzas políticas ajenas al bipartidismo

En las fuerzas políticas ajenas al bipartidismo, podemos distinguir entre los sectores que adherirán casi en su totalidad al menemismo y su proyecto de país, lideradas por la Unión de Centro Democrático (UCEDé), de Álvaro Alsogaray, y los partidos menores de orientación progresista, que criticarán con fuerza diversos aspectos del modelo. En ese marco, debemos destacar las figuras de Fernando “Pino” Solanas (Alianza Sur), el teniente

⁶ Una excepción parcial lo constituirán algunos discursos de Rodolfo Terragno, quien, sin embargo, presentaría también un discurso ambiguo y contradictorio, en el que se criticaba a la Convertibilidad, apoyando, al mismo tiempo, la validez de la estabilidad (*Clarín*, 05-06-93, p. 23, 08-06-93, p. 5, 22-07-93, pp. 8 y 10 y 25-07-93, p. 10).

coronel Aldo Rico, fundador del Movimiento por la Dignidad Nacional (MODIN) y algunos dirigentes radicalizados del Partido Intransigente (PI) y del socialismo, como Héctor Polino y Alfredo Bravo. Estos dirigentes promoverán una crítica radicalizada al modelo económico y social, destacando la necesidad de articular una contra-hegemonía al modelo neoliberal, asumido íntegramente por el menemismo. Aldo Rico, por ejemplo, era uno de los pocos dirigentes que levantaba las banderas, típicamente peronistas, de “la justicia social, la independencia económica y la soberanía política” (*Clarín*, 13-06-93, p. 12). Además, se oponía al liberalismo económico “extremo” de Menem por transferir el ingreso nacional al extranjero, generando un proceso de transferencia “salvaje” de la “renta nacional”:

“En estos momentos un extremo es el liberalismo del presidente Menem. Liberalismo extraño, ¿no es cierto? Digamos que es el extremo, porque está conduciendo el proceso de transferencia de la renta nacional al extranjero y del mercado interno más salvaje del que tenga noticias en la historia argentina. Y además, está conduciendo la destrucción de Estado” (“En el 95 quisiera enfrentar a Menem y a Alfonsín”, entrevista en *Clarín*, 07-02-93, p. 6).

En el caso de Fernando Solanas, era uno de los escasos dirigentes que presentaba una relación de continuidad entre el modelo menemista y el plan económico de la Dictadura militar del '76, oponiéndose a “los herederos y ejecutores del plan económico de Martínez de Hoz”, a los que acusaba de “poner en práctica las mismas técnicas de la Dictadura militar” (*Clarín*, 28-06-93, p. 13). En ese marco, el cineasta asumía un discurso de nacionalismo económico, que definía a la venta de YPF como “el despojo del siglo”, mientras que la “política de privatizaciones” era considerada “una entrega del patrimonio nacional” (*Clarín*, 04-07-93, p. 9). En el caso de Polino, señalaba su oposición a “esta política de privatizaciones que realiza el Gobierno, que es un verdadero desastre” (*Clarín*, s-f, 1993). De un modo similar, el Partido Socialista Democrático declaraba “lamentar la muerte de las empresas públicas” (*Clarín*, 18-04-93, p. 14). Finalmente, algunos referentes del Partido Intransigente (PI), como Lucrecia Monteagudo, sostenían la “vigencia del nacionalismo popular” (*Clarín*, 31-05-93, p. 14).

No obstante, pese a que las críticas en ocasiones se presentaban de forma radicalizada en estos dirigentes marginales, en la etapa de sedimentación de la hegemonía menemista, sólo se expresaban residuos del tradicional discurso nacional popular. Sobre todo, predominaba una lógica de la negatividad, en el que, a diferencia de los discursos público mediáticos de finales de los años '80, no se construían discursos alternativos, reclamando, por ejemplo, la renacionalización o re-estatización de empresas

públicas, el no pago o renegociación de la deuda externa, o el aumento de salarios.

En otros referentes relegados o marginales de la oposición partidaria, como los dirigentes de izquierda socialista, el discurso anti-menemista se radicalizaría. En ese marco, Alfredo Bravo, de Unidad Socialista, y Jorge Mera, del Movimiento al Socialismo (MAS), expresarán una fuerte crítica a las políticas de flexibilización laboral, acusadas de buscar el “aniquilamiento del derecho laboral”, a partir de la sanción de leyes “esclavistas”, promovidas para “aumentar la ganancia del capital” y perjudicar a la “clase obrera” (*Clarín*, 04-05-93, p. 3 y 15-05-93, p. 12). No obstante, nuevamente, predominaba la lógica defensiva, que no edificaba alternativas antagónicas al modelo. En ese sentido, de un modo sintomático, ninguno de estos dirigentes criticaba explícitamente a la estabilidad monetaria, convirtiendo a la devaluación en un significativo tabú.

5. La formación del Frente Grande y su posicionamiento frente al modelo menemista

En la primera mitad de 1993 se produjo un acontecimiento político de envergadura, con el surgimiento del Frente Grande, partido opositor que buscaba trascender al bipartidismo. Los principales referentes de la nueva alianza partidaria, que en su plenario inaugural planteaba una fuerte crítica al menemismo, que “propone un país para el 20% de los argentinos” y “regaló una inmensa riqueza acumulada por el esfuerzo de varias generaciones de argentinos” (*Clarín*, 20-05-93, p. 14), eran los ex dirigentes peronistas José Octavio Bordón y Carlos “Chacho” Álvarez.

Estos dirigentes opositores no criticaban las bases del modelo socio-económico, ni pedían revisar lo actuado. Incluso, aceptaban como legítima la estabilidad económica, aunque exigían la incorporación de elementos adicionales que la “consolidaran”. En ese marco, Bordón señalaba que:

“Estoy a favor de la continuidad en el campo de la estabilidad, y del cambio, para lo que significa el crecimiento con justicia social” (*Clarín*, 10-04-93, p. 11).

Según Bordón, no sólo la estabilidad era positiva, sino también los cambios estructurales producidos durante el gobierno de Menem, considerados como “transformaciones urgentes” y “necesarias”, que habían permitido la salida de la “dramática” situación de crisis, de finales de los años ’80:

“Hemos tenido gobiernos de transición: el de Raúl Alfonsín, dominado por la organización política, y el de Menem, dominado por

la necesidad de una estabilidad económica y de algunas transformaciones urgentes” (*Clarín*, 28-03-93, p. 9).

“Los justicialistas y la mayoría de los argentinos están satisfechos por la estabilidad y por haber dejado atrás esa dramática situación de 1989” (*Clarín*, 27-05-93, p. 9).

En la misma línea, el Gobernador de Mendoza defendía también los “logros del plan de convertibilidad”. En ese contexto, articulaba elementos propios de la formación neoliberal, para referirse al problema de “cómo hacer realmente eficiente el gasto provincial, para prestar mejoras de servicios de educación, salud, justicia o seguridad, con equidad y sin afectar la competitividad del sector privado” (*Clarín*, 07-05-93, p. 19).

Carlos “Chacho” Álvarez, por su parte, a finales de los años ‘80 defendía un discurso nacional y popular que apoyaba a la actividad política, frente al dominio de la “tecnocracia” modernista y “posibilista” de Angeloz (*Página 12*, 28-06-88, p. 5 y 09-11-88, p. 6). En ese marco, se oponía, además, a “un modelo económico al gusto de la banca acreedora y los grupos dominantes en el país” (*Página 12*, 04-06-88, p. 5). A partir de la asunción de Menem al poder, “Chacho” había sido uno de los máximos referentes del anti-menemismo, formando parte del grupo de los ocho diputados “rebeldes” que abandonarían la bancada justicialista, en rechazo a la claudicación ideológica de sus principales banderas históricas⁷.

Hacia 1993, sin embargo, había moderado en gran medida su discurso. En ese contexto, retomaría un discurso republicano-moralista para señalar que con el menemismo “se perdió la lucha contra la corrupción” (*Clarín*, 02-05-93, p. 8). Según destacará en otra oportunidad, ya como presidente electo del Frente Grande, “entre tantos políticos corruptos, somos de los pocos que podemos mostrar a nuestros candidatos a cara limpia” (*Clarín*, 27-06-93, p. 8). Aunque en ocasiones Álvarez expresará, en línea con el discurso de Solanas, que “es necesario plantear una propuesta unitaria para poder convertirse en una alternativa al ajuste salvaje de Menem y al ajuste prolijo de los radicales” (*Clarín*, s-f, 1993), el eje programático de sus enunciaciones girará en torno a la “lucha por una justicia independiente” y la “honestidad en la conducción de los asuntos públicos” (*Clarín*, 17-05-93, p. 12).

En el campo económico, “Chacho”, quien luego sería candidato a vicepresidente de Bordón por el Frente del País Solidario (Frepaso), rechazaría llevar a cabo una revisión de las privatizaciones (una de las principales políticas económicas llevadas a cabo por el menemismo), ya que:

⁷ Los otros integrantes del “Grupo de los 8” eran Germán Abdalá, Juan Pablo Cafiero, Darío Alessandro, Luis Brunatti, Franco Caviglia, Moisés Fontela y José “Conde” Ramos.

“Tendría consecuencias económicas y sociales muy graves. Desde el punto de vista de la eficacia de nuestro Gobierno, y frente a los inversores, sería irresponsable. Si hubo fraude o delito en alguna de las transferencias a los privados, habrá que dejar actuar a la justicia, pero nunca con el objetivo de re-estatizar” (*Página 12*, 12-06-94).

En ese contexto, el “eje central” de su programa consistía en “establecer controles sobre el manejo de esos servicios públicos”. Del mismo modo, Carlos Auyero expresará: “Opino exactamente igual que Chacho. Nosotros tenemos que preocuparnos por establecer organismos de control en serio, hay mucho por controlar” (*Página 12*, 12-06-94).

Si por un lado tendremos al campo moderado en relación al modelo económico y social del menemismo, por otro lado se hallaba el sector más duro o radicalizado. Se destacaban, en ese sentido, las figuras de Polino y Solanas. Estos dirigentes no sólo planteaban un rechazo al estilo del menemismo y a los costos sociales del ajuste, sino también la necesidad de constituir una alternativa concreta a su modelo económico.

Hacia 1994, ambos dirigentes se habían incorporado al Frente Grande, siendo electos como legisladores. Sin embargo, este partido se había conformado mediante una lógica típica de los “catch all party”, lo que implicaba un pragmatismo ideológico considerado demasiado moderado para estos dirigentes radicalizados. En ese contexto de creciente diferenciación político-discursiva entre “moderados” y “duros” frente a la hegemonía neoliberal, a mediados de 1994, Solanas, junto con el Partido Comunista, concluirán por renunciar a su experiencia en el Frente Grande, en medio de una profunda crítica a la “claudicación ideológica” del partido (*Página 12*, 29-06-94). El resultado de esta deposición sería, a partir de entonces, una nueva modificación identitaria, que fortalecería en esta fuerza el discurso de oposición meramente neo-institucionalista y republicano al menemismo⁸.

Como una muestra de esta creciente moderación ideológica, en las elecciones presidenciales de 1995, el candidato del Frepaso, José Bordón, se posicionaba como un firme defensor de la Convertibilidad y de la estabilidad (Fair, 2007). De esta manera, el rechazo a la hegemonía menemista se limitaba a una oposición mayoritaria a la figura de Menem y a sus “desprolijidades” institucionales, complementado con una crítica moderada a los efectos sociales regresivos del modelo. La consecuencia de ello es que el núcleo medular de la hegemonía neoliberal, asociada al modelo de Convertibilidad y los significados de la estabilización, quedaban fuera del debate público.

⁸ Aunque no es motivo de análisis del presente trabajo, debemos considerar también el impacto que tuvo el llamado Pacto de Olivos, que concluyó por desprestigiar fuertemente al alfonsinismo, el ala más crítica del modelo económico menemista.

6. A modo de conclusión

Como señalan Laclau y Mouffe (1987), la marcación discursiva de un antagonismo es constitutiva de toda identidad política. Sin embargo, no todo antagonismo implica la formación de una hegemonía, ya que para ello se requieren “puntos nodales” que permitan edificar “prácticas articulatorias” (Laclau y Mouffe, 1987: 179). En efecto, no puede existir una verdadera hegemonía con la simple “lógica de la diferencia” (Laclau y Mouffe, 1987: 187). En palabras de Laclau:

“Si las demandas de un grupo subordinado se presentan como demandas puramente negativas, y subversivas de un cierto orden, sin estar ligadas a ningún proyecto viable de reconstrucción de áreas sociales específicas, su capacidad de actuar hegemónicamente estará excluida desde un comienzo” (Laclau y Mouffe, 1987: 235).

Por el contrario, para que se constituya una verdadera hegemonía se necesita que esa negatividad se transforme en una “positividad”. Por lo tanto:

“Toda posición hegemónica se funda en un equilibrio inestable: se construye a partir de la negatividad, pero sólo se consolida en la medida en que logra la positividad de lo social” (Laclau y Mouffe, 1987: 236).

Existen, entonces, dos opciones predominantes para dar cuenta del proceso de conformación de toda identidad política. Mientras que en la primera opción prima la mera negación de cierto orden, pero no se construyen puntos nodales alternativos al orden existente; en la segunda, en cambio, existe una positividad que predomina (Laclau y Mouffe, 1987: 235).

Como hemos visto en este trabajo, las fuerzas político-partidarias de oposición construyeron un discurso de fuerte antagonismo al menemismo y, en particular, a la figura de Menem. Sin embargo, durante la etapa de sedimentación de la hegemonía neoliberal, estos discursos fueron edificados mediante un predominio de la negatividad. En ese marco, la estrategia de positividad quedó reducida a un mero emprolijamiento político-institucional, social y económico del menemato. La consecuencia de este modo diferencial de construir las identidades políticas es que la oposición partidaria terminó compartiendo, ya sea de forma explícita, o bien implícita, el núcleo medular de la hegemonía menemista. Este núcleo nodal se hallaba constituido por la articulación orgánica entre la estabilidad, las reformas y ajustes neoliberales y el consenso sobre la no devaluación. Como vimos, en algunos discursos radicalizados se criticaban las reformas de mercado, e incluso se reclamaba una mayor intervención del Estado en la economía. Sin embargo, no se

edificaba una alternativa en el plano lingüístico, repercutiendo en la ausencia de alternativas en el plano de las políticas públicas concretas. La explicación de este predominio del discurso defensivo y por la negativa lo hallamos en la aceptación general de la estabilidad. Dado que los discursos opositores al menemismo aceptaban, o al menos no cuestionaban explícitamente, la legitimidad y validez de la estabilidad, planteando una devaluación monetaria, o alguna salida concreta del esquema de Convertibilidad, y debido a que la estabilidad se articulaba orgánicamente a la Convertibilidad y a las reformas estructurales, estos discursos críticos podían oponerse a las reformas neoliberales de modo puntual, pero no lograban construir una verdadera hegemonía alternativa al orden menemista.

Bibliografía

- Aboy Carlés, Gerardo (2001): *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens.
- Azpiazu, Daniel (1999): “La problemática (des) regulatoria en el “shock” neoliberal de los años noventa”, en Daniel Azpiazu (comp.), *La desregulación de los mercados. Paradigmas e inequidades de las políticas del neoliberalismo*, Bs. As., FLACSO-Norma.
- Balsa, Javier (2001): “El Estado democrático y la gobernabilidad. Sus efectos en la sociedad y la economía”, en Noemí Girbal-Blacha (coord.), *Estado, sociedad y economía en la Argentina (1930-1997)*, Bs. As., UNQ ediciones, pp. 193-247.
- Barros, Sebastián (2002): *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*, Córdoba, Alción.
- Bonnet, Alberto (2008): *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*, Bs. As., Prometeo.
- Canelo, Paula (2002): *La construcción de lo posible: identidades y política durante el menemismo. Argentina, 1989-1995*, Bs. As., Documento de trabajo de FLACSO.
- Fair, Hernán (2007): *Identidades y representación. El rol del Plan de Convertibilidad en la consolidación de la hegemonía menemista (1991-1995)*, Tesis de Maestría en Ciencia Política y Sociología, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Bs. As., mimeo.
- Grassi, Estela (2004): *Política y cultura en la sociedad neoliberal. La otra década infame*, Bs. As., Espacio editorial.
- Heredia, Mariana (2006): “La demarcación de la frontera entre economía y política en democracia. Actores y controversias en torno de la política económica de Alfonsín”, en Alfredo Pucciarelli (coord.), *Los años de Alfonsín*, Bs. As., Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1987): *Hegemonía y estrategia socialista*, Bs. As., FCE.
- LACLAU, Ernesto (2005): *La razón populista*, Bs. As., FCE.

- Martuccelli, Danilo y Svampa, Maristella (1997): *La plaza vacía*, Bs. As., Losada.
- Mayer, Jorge (1995): “Algunas notas sobre el menemismo”, en Ricardo Sidicaro y Jorge Mayer (comps.), *Política y sociedad en los años del menemismo*, Bs. As., Oficina de publicaciones del Ciclo Básico Común, UBA, pp. 279-288.
- Thwaites Rey, Mabel (2003): *La (des)ilusión privatista. El experimento neoliberal en la Argentina*, Bs. As., EUDEBA.

Fuentes

Diarios *Ámbito Financiero*, *Clarín*, *La Nación*, *Página 12*

Discursos oficiales del presidente de la Nación, Dr. Carlos Saúl Menem, Dirección General de Difusión, Secretaría de Medios de Comunicación, Presidencia de la Nación, República Argentina (varios tomos).